

¿Quién es el filósofo consultor y qué necesita para serlo?

Escobar Vásquez, Andrés; García Echeverri, Jonny Alexander

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Escobar Vásquez, A., & García Echeverri, J. A. (2024). ¿Quién es el filósofo consultor y qué necesita para serlo? *Revista Kavilando*, 16(1), 172-185. <https://doi.org/10.69664/kav.v16n1a11>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

¿Quién es el filósofo consultor y qué necesita para serlo?

Who is the Consultant Philosopher and What does it Take to Be One?

Escobar Vásquez, Andres & García Echeverri, Jonny Alexander

 Andrés Escobar Vásquez

andresescobarv@itm.edu.co

Instituto Tecnológico Metropolitano ITM,
Colombia

 Jonny Alexander García
Echeverri

agarcia@uco.edu.co

Universidad Católica de Oriente,
Colombia

Resumen:

El presente texto se da por la inquietud compartida por la filosofía y por su carácter práctico y terapéutico, siendo un producto de investigación. Este se divide en varios apartes que marcan el camino a intentar responder a la pregunta ¿quién es el filósofo consultor y qué necesita para serlo? En el primer aparte se plantea el malestar existencial como una problemática con la que “el hombre de carne y hueso” vive y no siempre comprende y afronta. En segundo momento se presenta la fenomenología, la hermenéutica y la lectura y praxis existencial como herramientas para la consultoría filosófica en contexto, allí se procura mostrar algunos elementos metodológicos que hacen parte de la práctica de la filosofía con fines terapéuticos. El tercer momento es abordar a partir de estas herramientas presentadas el perfil y cualidades del consultor filosófico desde la sabiduría. En el cuarto momento se identifican algunos problemas vinculados a la “filosofía práctica” y a la “consultoría filosófica” en contexto. En las conclusiones queda postulado que el asunto de la consultoría filosófica está aún en construcción y deconstrucción constante.

Palabras clave: Consultor; Filosofía; Práctica; Problemas; Contexto; Bienestar.

Abstract:

The present text is given by the concern shared by philosophy and by its practical and therapeutic character, by being a product of research. It is divided into several sections that mark the way to try to answer the question: who is the consultant philosopher and what does it take to be one? In the first part, existential malaise is presented as a problem that “the man of flesh and blood” lives with and does not always understand and face. Secondly, phenomenology, hermeneutics, and existential reading and praxis are presented as tools for philosophical consultancy in context, where we try to show some methodological elements that are part of the practice of philosophy for therapeutic purposes. The third moment is to approach from these tools presented the profile and qualities of the philosophical consultant from wisdom. In the fourth moment, some problems linked to the “practical philosophy” and to the “philosophical consultancy” in context are identified. In the conclusions, it is postulated that the issue of philosophical consultancy is still under constant construction and deconstruction.

Keyword: Consultant; Philosophy; Practice; Problems; Context, and Well-Being

Revista Kavilando

Grupo de Investigación para la Transformación
Social Kavilando, Colombia
ISSN: 2027-2391
ISSN-e: 2344-7125
Periodicidad: Semestral
vol. 16, núm. 1, 2024
revistakavilando@gmail.com

Doi: [10.69664/kavv16n1a11](https://doi.org/10.69664/kavv16n1a11)

Recepción: 9 enero 2024

Aprobación: 15 junio 2024

Introducción

Problemas existenciales o “males del alma”

Las personas viven en medio de diferentes problemáticas que se dan en las realidades propias del hecho mismo de vivir, habitar el mundo, convivir y socializar con otros, etc. Dichas realidades afectan de manera diversa a cada persona, sin embargo, es necesario observar, comprender y reconocer que algunas de estas problemáticas circunstanciales generan malestar que se percibe y se siente como algo incómodo. Estos malestares aparecen, en ocasiones, como algo efímero y otras como algo muy profundo en el ser -también acá puede hacerse uso de la palabra alma-.

En ese escenario de malestar aparecen dos conceptos que provienen de la experiencia, estos son: afrontar y enfrentar; pero antes de abordarlos es necesario profundizar para comprender el malestar existencial o “los males del alma” en su definición, naturaleza y emergencia. Para lograrlo se echará mano de la tradición filosófica y -en algún momento- de la psicología, pues estas brindan elementos teóricos y experienciales que facilitan que sea posible un abordaje importante para la consecución de este primer objetivo.

Lo que se llama realidades se convierten en una única realidad, observan, sienten, piensan y hacen en una dirección y desde un punto de referencia para ser y hacer en el mundo. Observando con algo de detalle lo dicho, esta unicidad aparente de la realidad se convierte en algo que le quita a la persona su tranquilidad y genera lo que llamamos “malestar existencial” o “males del alma” que, de manera más común, es llamado sufrimiento que, a su vez, deviene de la experiencia de la angustia surgida de la sensación de vacío que incomoda al no ser comprendido o tratado de manera frontal por quien lo experimenta.

Sobre el malestar existencial Linares (2019) dice:

El malestar existencial no es cuantificable, ya que no es posible el estudio experimental de cuestiones existenciales; tan solo de algunos de sus posibles consecuencias y repercusiones, ya que se trata de experiencias internas, inconmensurables. Es por ésto que autores como Yalom, pese a sus constantes -y exitosos- proyectos de medición experimental, recomendaron a su vez un acercamiento al enfoque fenomenológico. La búsqueda del significado interior frente a la comprobación de su adecuación o desviación respecto de la norma establecida (p. 16)

Es posible entonces observar que la vivencia del sufrimiento o del malestar existencial no es estándar o estandarizable, por el contrario, esta experiencia está ligada íntima y entrañablemente a la individualidad que contiene la historia personal, las heridas surgidas en esa historia, la gestión de estas, las circunstancias presentes, la cultura, entre otras. El malestar que se sufre por parte de una persona no puede ser medido de una manera totalmente objetiva y matematizada; es una realidad o fenómeno presente de manera intermitente en la vida humana y, por esto, se convierte en algo que al hacerse presente perturba e incómoda de maneras diversas e impredecibles.

“La afección del malestar existencial dependerá de la relación que se mantenga con él, al igual que su aparición estará vinculada a la relación que el sujeto mantenga consigo mismo y con el mundo” (Linares, 2019, p. 19); cómo es posible observar en esta cita, el malestar es un fenómeno que aparece ante la persona y en ella aunque el asunto realmente problemático

es cómo y cuánto puede afectar, lo que produce en la persona y, como bien dice el autor, esto estará sujeto a la relación que esa persona tiene consigo y con el mundo que habita y lo habita.

Es claro que la relación de la persona con su mundo y con el mundo se va construyendo paulatinamente, en dicha construcción la historia -personal y cultural-, el contexto y las cosmovisiones tiene una injerencia en la manera cómo se ve afectada la persona en su relación con las circunstancias que pueden causar su malestar.

Pero ¿qué es el malestar existencial? Se ha dicho que este “malestar” deviene naturalmente de la sensación -superflua o profunda- de la angustia que se manifiesta como un vacío o un “aparente sin sentido” frente a la realidad. La angustia proviene de la existencia misma, Linares (2019) afirma sobre esto:

La angustia sacude, agrede, pero revela al individuo su ser libre para escoger, su carencia de esencia o destino determinado a realizar. Es una experiencia en la que el mundo se muestra como carente de determinación para el sujeto, obligándolo a tomar las riendas de sí mismo (p. 22).

La angustia surge cuando el hombre se encuentra en situaciones límite propias de la vida, que pareciera que le quitarán a la persona la seguridad que le da el hecho mismo de la existencia. Sobre lo anterior Linares (2019) en su tesis doctoral afirma:

También puede darse esta toma de consciencia en las denominadas situaciones límite, aquellas en las que el sujeto experimenta el rebasamiento del mundo respecto de sus fronteras internas de seguridad; es decir, cuando la realidad, con su carácter destructivo, impone al sujeto la consciencia de su finitud. Preocupaciones esenciales que, para Yalom, constituyen el núcleo del malestar existencial humano, el presente del sujeto en su “estar lanzado” al futuro. Son preocupaciones definitorias del malestar existencial que Albert Camus entendió como un tipo de sensibilidad especial, capaz de captar “evidencias perceptibles para el corazón, pero que se debe profundizar a fin de hacerlas claras para el espíritu” (Camus, 1995, p.16). Por las consecuencias que implicaría una respuesta negativa, consideró que la pregunta fundamental de la filosofía es si la vida merece la pena ser vivida (p. 11).

Experiencias como la muerte, el vacío existencial, la frustración, entre otros, son aquellas que ponen en ‘jaque’ la serenidad y, por tanto, la salud del alma y su bienestar; también el miedo y la culpa resultan en sensaciones de malestar e incómodas de carácter existencial. Así pues, el malestar existencial o los males del alma puede definirse como el efecto sensible, emocional, psicológico, racional y físico que la consciencia de las experiencias límites generan en el ser de la persona y de la humanidad.

El malestar existencial, según lo presenta Linares (2019) en su tesis doctoral, tiene cuatro ejes a saber:

1. “La carencia de sentido vital como ausencia de un para-qué” (p. 24).
2. “La muerte como consciencia del fin de la propia existencia” (p. 27).
3. “El problema de la libertad humana como autoría del propio ser” (p. 33).
4. “El aislamiento existencial como encuentro de sí y desconexión con la alteridad” (p. 37).

Resulta necesario dar algunas palabras que expliquen brevemente cada eje de los ya citados. En primera instancia se habla de la carencia de sentido vital como ausencia de un para qué; en este punto es claro que el hombre de carne y hueso siente profundamente las adversidades y las dificultades de la vida y de la existencia llevándolo a sumirse en un estado de sin sentido y de aparente ausencia de un para qué de su existencia, se pierde el rumbo y la dirección de ser y hacer en el mundo, sensación que genera un profundo malestar al no encontrar herramientas o alternativas para comprender y afrontar este malestar.

En un segundo momento se plantea la conciencia de la finitud a partir de la inminencia de la muerte, esta experiencia se vive de manera ajena -en principio- en la relación con la muerte de otros, también se logra un acercamiento por medio de la enfermedad que permite reconocer que la muerte es propia del hecho de vivir y existir; también el olvido nos acerca al reconocimiento del límite y la finitud; en los casos anteriores no se logra experimentar la muerte en carne propia como un límite absoluto de la propia existencia; es posiblemente esto lo que produce la emergencia del malestar existencial así vivido.

El tercer eje es la libertad como autonomía, esta es un principio humano por el que la humanidad ha luchado a lo largo de su historia, sin embargo, la libertad implica la autonomía que significa hacer por sí mismo para vivir y sobrevivir, esto requiere que el hombre de carne y hueso asuma como realmente propia la existencia y sus circunstancias -las fortunas y las dificultades- teniendo que trabajar para la resolución de sus problemas, esta situación genera en muchas personas incomodidad por el proceso de duelo que deben elaborar en varios sentidos: a) La transición de la infancia a la vida adulta, b) dejar la seguridad que vive en la casa materna para comenzar a depender totalmente de sí mismo, c) La voracidad del mundo adulto en relación a asuntos laborales, comerciales, mediáticos, económicos, sociales, etc. Puede verse que la libertad es una experiencia que causa problemáticas existenciales para el hombre de carne y hueso.

El último eje al que se hace referencia es el aislamiento; la vida social -como se dijo en líneas anteriores- resulta problemática y conflictiva pues es voraz, es un sistema complejo en el que la persona debe procurar incluirse e integrarse desde múltiples dimensiones, aunque al mismo tiempo es competitiva y demandante, esto resulta en la posible exclusión que produce, a su vez, un aislamiento que se desarrolla y profundiza paulatinamente logrando que el hombre de carne y hueso se suma en un malestar existencial complejo y hondo que puede tener consecuencias a la salud física y mental de este.

Como puede verse, estos cuatro ejes hacen emerger emociones, sentimientos y acciones con efectos complejos para sí y para los demás que, a su vez, producen sufrimiento o malestar. Los efectos mencionados resultan dolorosos e incómodos, esta sensación es lo que se llama malestar existencial. Al estar en dicha situación surge la necesidad enfrentar y afrontar. Hay momentos donde las personas asumen el enfrentamiento, otros afrontan como la manera de vivir y vivirse en sus malestares existenciales, es decir, de habérselas con la realidad.

Definir los términos mencionados resulta imperioso, enfrentar, supone poner límites sobre aquella situación que aqueja o adviene, es una lucha, si hay lucha se busca vencer un oponente, es decir, la realidad se convierte -para la persona- en un oponente al que debe

superar e imponerse; sin embargo, los fantasmas del pasado, recuerdos dolorosos, pérdidas o procesos de duelo no van a doler menos o desaparecer por el hecho de negar su existencia. Enfrentarse supone aplastar la realidad, no verla, no darle espacio e imponer un camino que, en cierto modo, se sigue recorriendo solos y que no siempre es coherente con la demanda real del entorno.

Afrontar demanda de la persona una actitud diferente, Afrontar supone reconocer al otro y darle espacio. Afrontando el malestar o aquello que lo causa se puede mirar cara a cara en lugar de arrinconar o reducir a algo ajeno, será reconocido como real y propio y podrá tramitarse sumergiéndose en lo que traiga, tomándolo y aprendiendo de ello con el fin de seguir adelante. Afrontando, se aceptará los avatares y reveses de la vida, con la madurez de quien sabe que la realidad es un fenómeno propio y objetivo. Enfrentar, yendo al combate, se moverán el miedo, la frustración y el enojo frente a la oposición, mientras que, afrontando, habrá aceptación, serenidad y confianza en el proceso, aunque el resultado a veces sea diferente del esperado.

Cuando se enfrenta, se impone lo que sabe -el conocimiento- y el ser. La realidad queda aplastada por la idea que se tiene preconcebida de cómo deben ser las cosas, se pierde lo que realmente está pasando delante de sí, las opiniones discrepantes, su posible aportación, la comprensión de sí mismo y de lo que hay detrás del miedo. Se pierden las oportunidades de aprendizaje y de crecimiento que siempre hay detrás de la adversidad.

Cuando hay afrontamiento de aquello que se tiene delante y se le da el espacio, puede verse y escucharse la realidad nueva y fresca para transformarla. Surge la oportunidad de aprender de los demás y de sí mismo, de abrirse y salir de un aislamiento insano, se da la oportunidad de aprender y de hacer las cosas de manera diferente; se comprende la vida y la existencia como una paradoja o lucha constante. Cuando se está abierto a afrontar lo que viene, puede descubrirse que los enemigos externos e internos son en realidad parte indivisible de nosotros mismos, que invitan a crecer a transformar y transformarse.

En resumen, la realidad es clara pero múltiple en tanto presenta posibilidades, el malestar existencial o los males del alma son también realidad que adviene como algo propio de la vida y del hecho de existir, pero ambas son interpretadas y vividas por cada persona de modos diversos que no pueden ser cuantificados, estandarizados o absolutizados. Por lo anterior, se hace necesario conocer, comprender y aplicar herramientas y métodos que la filosofía en su tradición presenta.

La fenomenología, la hermenéutica y la lectura y praxis existencial como herramientas para la consultoría filosófica en contexto.

“Es el pensamiento el que reconoce las “verdades” que generan el malestar existencial, por lo que será él quien propicie una salida productiva de tal estado de aflicción mediante la reflexión, la acción y la toma de consciencia” (Linares, 2019, p. 10); este apartado citado genera algunas inferencias que resultan de vital importancia, algunas de estas pueden ser:

1. El malestar existencial o los males del alma son solo pensamientos imaginativos sobre la realidad que distorsionan la posibilidad de acercarse y relacionarse de manera objetiva con esta.

2. El malestar existencial es una respuesta sensitiva y emocional a los pensamientos que resultan de la relación de la persona con la realidad.
3. El pensamiento es el único garante de objetividad en el abordaje de la realidad.
4. El malestar existencial es el resultado natural y secuencial de procesos racionales realizados a partir de la relación consciente con la realidad.
5. El pensamiento es causa del malestar existencial y herramienta eficaz para una “salida productiva”.

Estas son algunas inferencias posibles sobre lo dicho por Linares, sin embargo, en la última propuesta yace una pertinente afirmación que puede conducir a una profundización adecuada sobre cómo habérselas con malestar existencial o los males del alma.

El pensamiento, como afirma el autor, presenta a la persona herramientas como la reflexión, la conciencia y la acción para relacionarse de una manera directa con el malestar existencial; el pensamiento permite a la persona afrontar los males que aquejan su alma. La conciencia lleva a saber de sí y de la realidad o realidades que circundan la existencia humana; la reflexión es volcar la mirada sobre sí mismo en la relación que la persona tiene consigo, con los otros y con las cosas preguntándose acerca de los efectos y afectos que dichas relaciones emergen a partir de ellas, de igual modo sobre qué, cómo, porqué y para qué hacer algo con ellas y desde ellas; y la acción es el elemento concreto con el que el pensamiento (conciencia y reflexión) impacta la realidad vivida para transformarla, dejarla estática o rechazarla asumiendo una postura de huida, lucha u olvido.

Con lo anterior, es válido traer a colación elementos o escuelas de la tradición filosófica como la fenomenología, el existencialismo y la hermenéutica para abordar de manera personal o asistida el malestar que presente de un particular o de un grupo de personas. Para abordar y desarrollar lo recién formulado hay que dedicar unas líneas a cada término referido.

Al hacer alusión a la fenomenología es necesario comprender que el fenómeno es aquello que aparece o se manifiesta de manera eficiente ante los sentidos y el entendimiento humano, sobre esto en el diccionario filosófico de Abbagnano (1993) es definido así:

Fenómeno (gr. τὰ φαινόμενα; ingl. phenomenon; franc. phénomène ; alem. Phänomen ; ital. fenómeno). 1) Lo mismo que apariencia (véase). En este sentido, el F. es la apariencia sensible, que se opone a la realidad, de la que, por otro lado, puede ser tomado como la manifestación; o al hecho, al que puede ser considerado idéntico (véase) hecho). Éste es el significado que por lo común adquiere la palabra en el lenguaje usual (incluso cuando alude a una apariencia paradójica e insólita, monstruosa por ejemplo) y es también el significado que tiene en Bacon (en el *De Interpretatione naturae proetnium*, 1603), en Descartes (*Princ. Phil.*, III, 4), en Hobbes (*De Corp.*, 25, § 1) y en Wolf (*Cosm.*, § 225).

De este modo, el malestar existencial y aquello que lo causa (el miedo, la frustración, la muerte, la enfermedad, el sufrimiento) son en sí mismos realidades fenoménicas innegables e irrefutables, propias de la existencia humana -personal y social- en la que se vive.

La fenomenología conduce a la persona a develar -si se puede decir así- la verdad de su existencia, a ser y hacerse consciente de las circunstancias en las que vive como realidad objetiva y concreta. Dentro de este abordaje fenomenológico de la realidad -y del malestar existencial como parte de ella- es posible afirmar que el malestar o los males del alma se

encarnan, es decir, se sienten y se manifiestan en el cuerpo con diversidad de formas e intensidades según la persona.

El segundo término o herramienta referida es la existencia, para hablar de él se hace imperativo dar una breve definición del término existencia. Este es definido por Abbagnano (1993) como:

Existencia (gr. τό υπαρχειν; lat. existentia; ingl. existence-, franc. existence; alem. Existenz, Dasein; ital. esistenza). En general, cualquier delimitación o definición del ser, es decir, un modo de ser delimitado y definido. Este significado, que es el más general, puede ser tomado como uno de los significados particulares del término del cual pueden enunciarse tres: 1) un modo de ser determinado o determinable; 2) el modo de ser real o de hecho; 3) el modo de ser propio del hombre.

La existencia puede definirse como el hecho mismo de ser en el mundo, de manifestarse ante sí y ante los demás en términos de los sentidos y del entendimiento, de la conciencia. Con lo anterior, el existencialismo es la filosofía que se vale del análisis existencial para tratar lo que sucede en la existencia, en otras palabras, el existencialismo analiza las situaciones más comunes y fundamentales que se dan o vive la persona en su existencia.

Surge la pregunta ¿siempre sentimos la existencia y sabemos de ella? La respuesta va en doble vía, es decir, se tienen momentos donde la existencia es tan obvia que se puede ignorar, se existe porque se está vivo, porque se sigue rutinas que mantienen al ser humano -individuo y sociedad- ocupados y distraído de su ser en el mundo y sólo en las experiencias límite como la muerte, la enfermedad, la frustración, el cansancio, el sexo, la euforia, las personas -"seres de carne y hueso" como lo llamaría Don Miguel de Unamino (2003, p. 3)-. retoman la conciencia de la propia existencia y -en ocasiones- la de los demás.

Los momentos límite de la existencia traen al hombre de carne y hueso la experiencia de la angustia y, con ella, el malestar existencial, que se traduce en la sensación de crisis que provoca comportamientos que, a menudo, las personas no comprenden y, por tanto, les genera mayor profundidad que resulta complicado afrontar. El malestar existencial o del alma son —desde esta formulación— una suerte de situación propia del hecho de existir, este malestar resulta de la relación sensible y racional de la persona con su existencia; lo anterior indica que leer la existencia observando y escuchando el ser, el querer, el sentir, el pensar y el hacer es necesario para comprender y afrontar el malestar existencial.

En relación a la escucha y la lectura de la existencia, la hermenéutica es otro término referido, entendida como método de interpretación de textos, sin embargo es posible aplicar los principios de esta a la existencia, es decir, a la comprensión de los hechos, las circunstancias, los pensamientos, las emociones, los sentimientos y sensaciones de una persona -hombre de carne y hueso- que le resulta imperativo el proceso de comprensión de su propia existencia, de sus vicisitudes, los males de su alma malestares existenciales- para afrontarlos y, a partir de esto, transformar sus propias percepciones y acciones futuras presentándose ante ellas con serenidad.

La fenomenología y la hermenéutica son métodos con los que el ser humano se acerca, aborda, profundiza y comprende la realidad, en este orden de ideas resulta pertinente mostrar que las realidades más próximas a la persona humana son el yo, el otro y las cosas.

Todo lo anterior permite preguntarse en esta reflexión por la manera cómo se sirve la filosofía -y el filósofo- de estos elementos de la tradición. Para responder a esto se debe dirigir la mirada a la misma tradición, al hacerlo se observa un fuerte talante terapéutico de la filosofía que comienza a manifestarse más robustamente desde Sócrates, pasando por Platón, Aristóteles, los estoicos, el epicureísmo, la escuela cínica, entre otros, y ha comenzado a resonar en nuestros días.

Así, el filósofo no es solo aquel que conceptualiza, especula y se pregunta fundamentalmente por el mundo en una suerte de preguntas de corte metafísico, lógico, pedagógico, poético, analítico, etc., no es aquel que sentencia apodícticamente sobre el mundo, sino que vuelve a orientar su mirada aguda y curiosa por la cotidianidad propia y la de la humanidad; es en razón de lo anterior que emerge la figura del filósofo asesor, o consultor que, haciendo uso del diálogo filosófico, acompaña procesos de autoconocimiento y autogestión de sí y de aquellos que acuden a su “sabiduría”, que como Sócrates, el filósofo es percibido por la humanidad como un sabio.

Cabe pertinentemente la pregunta por la sabiduría del filósofo y la(s) necesidad(es) de aquellos que le buscan.

Perfil y cualidades del consultor filosófico

Para comenzar a hablar del perfil del consultor filosófico se hace necesario volver sobre la pregunta por el ser de la filosofía y, por ella, el ser del filósofo. Se ha afirmado en líneas anteriores que la filosofía es un camino de sabiduría más que su consecución definitiva, absoluta y unívoca, de manera análoga, el filósofo no es sabio por ser un ser acabado y unívoco en la posesión definitiva del conocimiento de las cosas fundamentales, por el contrario, es sabio porque es capaz de ver y reconocer un grado importante de ignorancia que se asume como un principio para la búsqueda de la sabiduría y para la búsqueda del conocimiento.

Zuluaga (2008) nos dice: “Hablar del hombre como ser en relación con el mundo cuyo mediador es el lenguaje, nos lleva a pensar en este como ser “perfecto”, esto es, en palabras de Mónica Cavallé: acabado, concluido, completo” (p. 48). En general, el hombre se ve a sí mismo -en comparación con otros seres de la naturaleza- como un ser perfecto respecto al conocimiento; cuanto más se ‘sabe’, más perfecto se es; sin embargo, la experiencia y -en contraste de la teoría con la realidad- la filosofía han afirmado lo contrario, cuanto más se sabe, más ignorante se es, este es el principio fundamental y constitutivo de la práctica filosófica y de su concepción de la sabiduría.

La filosofía se ve y se aplica en forma de diálogo, esto significa que la filosofía se da en el diálogo y, por tanto, sus efectos se lograrán por medio de este. El filósofo es dialogante y esto presenta una oportunidad de perfilar al filósofo consultor identificando cualidades que este puede aplicar en el ejercicio dialógico con efectos terapéuticos.

La sabiduría a la que se ha hecho referencia nos da indicios sobre los elementos característicos del filósofo consultor-acompañante; para comenzar esta caracterización es necesario enunciar la atención; estar atento a la realidad del aquí y el ahora de sí mismo y de aquel o aquellos que interactúan con el filósofo.

Prestar atención al presente usando los sentidos y la razón resulta ser una cualidad propia del filósofo consultor; esto se caracteriza por una apertura basta de los sentidos, la escucha y la observación; el filósofo afina su oído y agudiza su visión para captar y leer con mayor amplitud y acierto aquello que las circunstancias, los hechos, las palabras y las acciones de sí y de los demás expresan de su realidad o realidades en el presente a partir de una fenomenología de la realidad y una hermenéutica de la existencia que aportan insumos claros para el diálogo.

La segunda cualidad del filósofo consultor es la centralidad en el presente; dicha centralidad significa que el filósofo orienta su mirada, su oído y su pensamiento al acontecimiento, a la realidad objetiva, de la cual resultan emergentes pasiones y representaciones que pueden distorsionar el afrontamiento de estas y generar mecanismos de huida u olvido. “El acontecimiento que se presenta ante nosotros” (Hadot, 2006, p. 121), esta expresión remite a una atención objetiva, es decir, a volcar el ser, el saber y el hacer al presente, esto es, sentir y pensar la realidad y las realidades que se despiertan en el hombre de carne y hueso.

Se hace referencia a las realidades emocionales y a las sensaciones que emergen al momento de la relación con los fenómenos del presente, de igual modo los juicios realizados a partir de estos fenómenos y de las realidades mencionadas. Existe pues una relación directa entre el juicio y la emoción que se convierten en cernidor y producto de nuestra relación con el mundo; sobre esto Cavalle (sf.) señala en el asesoramiento filosófico y las emociones: aplicación de las enseñanzas de Epicteto: “Toda emoción presupone un juicio de valor, un pensamiento o pensamientos, y todo juicio sobre la realidad conlleva emoción. Nuestras emociones no son ciegas o arbitrarias, sino el reflejo directo de nuestra forma de interpretar lo que es y sucede” (p.3). Este punto es de vital importancia para el filósofo en la relación de ayuda o consejería pues, en el orden del discurso que se da en el diálogo filosófico, éste está llamado a reconocer la realidad objetiva e identificar todas aquellas representaciones o pensamientos imaginativos, producto de la afección que generan las circunstancias que distraen o distorsionan la relación objetiva y racional con la realidad y proporcionar herramientas para ello al consultante.

El asunto formulado sobre las pasiones y las representaciones como un distorsionador del ejercicio de afrontamiento resulta importante abordarlo, pues en esto radica la sabiduría -según la propuesta estoica-, reconocer sabiamente las pasiones para dominarlas y afrontar aquellos malestares existenciales o males del alma causados por las representaciones propias y ajenas. “Aprovecha el momento presente, sí, pero de una manera reflexiva y justa” (Hadot, 2006, p. 145); en esto radica la actitud y cualidad del filósofo, que lleva al instante de relación de ayuda con su consultante de manera dialógica.

Otra cualidad del filósofo consultor, a partir de la cita de Hadot, es la reflexión; que puede definirse como el acto de volver la mirada sobre sí a partir de la relación que el hombre de carne y hueso tiene consigo, con los otros y con las cosas. Esta triada relacional es el principio que funda y se hace objeto del acto reflexivo del filósofo y, en la relación de ayuda, del consultante, pues en ese diálogo filosófico que parte de un acto reflexivo orientado desde

la pregunta se observa, se analiza e interpreta la realidad en medio de esas realidades de carácter tripartito.

El ejercicio reflexivo, como se ha dicho, parte de la pregunta que tiene por objetivo conducir el pensamiento a la profundidad o a la intimidad que resulta ser el escenario donde aparece los contenidos propios del ser, donde se ve lo que ha quedado instaurado -como herida o como cicatriz- los sucesos de la vida. La pregunta que se podría proponer es ¿qué es lo que sucede? Pregunta que remite a la identificación y reconocimiento de la realidad objetiva. ¿Qué es lo que realmente me está afectando? Esta pregunta apunta a buscar lo fundamental de la realidad, es decir, mi realidad profunda y la realidad objetiva con la que me relaciono. Otra pregunta que puede devenir de esta es ¿por qué me está afectando de esta manera? Esta perfila la comprensión de los fenómenos íntimos y los externos, al igual que la relación que existe entre estos. Y la pregunta de carácter práctico: ¿Qué voy a hacer con lo que me pasa? Esta es la pregunta que lleva al filósofo -o a su consultante en relación de ayuda- a comprometerse con la transformación real de la realidad o realidades emergentes, a modo de afrontamiento.

En todas las cualidades y características enunciadas aparece la justicia como talante del filósofo consultor y como eje transversal en el ejercicio filosófico. Al hablar de la justicia se hace referencia a una virtud que el sabio cultiva continuamente con el ánimo de hacer lo correcto para su propia virtud y en la relación con los otros.

La justicia está ligada al equilibrio que existe en el mundo físico dándole un matiz de armonía, cuando ésta es ignorada o deja de existir emerge el caos, de igual modo en el mundo humano de las costumbres -la moral- y, en el caso propio, en el ejercicio de la consejería filosófica (Hadot, 2006). La justicia, en el marco de la consultoría o consejería filosófica, significa entablar una relación sin juicios o representaciones propias de la realidad del consultante; la justicia es muestra de la sabiduría del filósofo que no llega a la relación de ayuda como quien ‘todo lo sabe’, sino como aquel que acompaña un proceso de autoconocimiento y en este mismo hace también -de manera continua- su propio conocimiento.

A todo lo anterior resulta interesante y pertinente preguntar ¿es posible mantener en el proceso -por parte del consejero- una actitud completamente equilibrada y sin juicios frente a lo que el consultante comparte y vive? Respondiendo a la pregunta se hace necesario encontrar e identificar un punto de realidad, el consejero filosófico es un hombre de carne y hueso, bajo esta perspectiva la realidad escuchada produce pensamientos, preguntas, sentimientos que el filósofo consejero trabaja a nivel personal para lograr no afecten su juicio en el proceso de escucha y acompañamiento.

Al hacer referencia al trabajo personal del filósofo consejero, se habla de los ejercicios espirituales que realiza diariamente y a su propio proceso al dejarse acompañar también. El sabio no se hace de manera definitiva y absoluta en un momento, este proceso es constante y requiere una laboriosidad que este luego comparte y aplica en los acompañamientos que realiza o realizará luego.

Todo lo anterior muestra cómo el filósofo consultor es y se hace “hombre de carne y hueso” que vive, habita y afronta sus propias vacilaciones y malestares; trabaja y proyecta su vida interior que es igualmente paradójica a la de cualquier ser humano, pues la vida es paradoja, y es en la paradoja que se da el diálogo filosófico y se es humano, se es filósofo.

Problemas vinculados a la “filosofía práctica” y a la “consultoría filosófica” en contexto.

Para hacer un recuento de lo dicho hasta el momento el método dialógico en el acompañamiento filosófico tiene unos fundamentos preliminares en la fenomenología y hermenéutica (una lectura de sí en sus circunstancias) y un consecuente existencial que tiene como meta la eudaimonía. Este acompañamiento se fundamenta en una concepción estoica del proceso de transformación, que tiene como punto de partida el cultivo de la vida interior que conlleva unas repercusiones transformadoras del modo y forma como se afronta la vida, es decir, trabajar en el conocimiento de sí para comprender que aquello que me mueve a ser y a hacer en el mundo es y está adentro (mis principios, percepciones, nociones, sensaciones, sentimientos, pensamientos y actos), no viene de fuera.

El método comienza en el acompañado y su realidad, pasa por las circunstancias (los otros y las cosas) y retorna a él, es decir, el trabajo transformador del diálogo filosófico reconoce el dolor, la angustia, la inminencia de la muerte, entre otros, como parte de la vida, esto es, el acompañado se descubre y conoce en estas circunstancias que le son propias, las afronta con carácter gracias al conocimiento paulatino de sí logrado en este proceso.

Con lo anterior, es pertinente señalar algunas problemáticas que están vinculadas a la filosofía práctica y, en específico, a la consultoría o consejería filosófica:

1. El mínimo conocimiento que el común de las personas tiene acerca de esta alternativa a la terapia.
2. La baja capacidad que las personas tienen para escuchar y escucharse, esto posiblemente es producto del individualismo y consumismo radicalizados.
3. El aislamiento al que el uso irracional e irracionalizado de la tecnología ha sometido a las personas.
4. La educación que se ha recibido tradicionalmente ha llevado a una manera unívoca de enfrentar los malestares existenciales y las circunstancias que podrían causarles, esto es, las personas y las sociedades han desarrollado mecanismo de huida, olvido y lucha, sobre esto Linares (2019) afirma:

...fuera de la perspectiva de la fe, la divinización del mundo puede verse como una de las mayores estrategias históricas de defensa contra el malestar existencial. Que ante la incapacidad de afrontar una existencia sin sentido -dado-, encontramos mecanismos de evasión desarrollados para esquivar una experiencia dura, aunque sin duda enriquecedora (p. 27).

Estas son algunas problemáticas que pueden identificarse, de seguro aparecerán más, sin embargo, frente al primer punto es necesario mostrar que las psicoterapias y el psicoanálisis han dominado tradicionalmente el mercado de las terapias del alma; desde la modernidad se instauró en el imaginario que los modos únicos de una terapéutica del alma están en estos procesos para el tratamiento y cura de las enfermedades del alma.

La relación que el hombre de carne y hueso entabla con el mundo es múltiple y compleja, pues las circunstancias que se dan le presentan dificultades y situaciones límite que tradicionalmente se convierten en enfrentamiento, huida u olvido que agudizan los malestares existenciales, ante esto, no ha habido una cultura del afrontamiento reflexivo, justo, crítico y responsable que puede ayudar a mejorar dichas relaciones, la filosofía, en su carácter práctico y terapéutico, entra en escena como una alternativa antigua que aporta en la actualidad; sin embargo, se le presenta una problemática asociada a la divulgación y la praxis en este contexto y se hace necesario mostrar y hacer evidente su validez y la pertinencia para el mundo y la cultura contemporánea.

La rutinización de actividades como el trabajo, la vida en pareja, la diversión, la crianza de los hijos, el conocimiento, entre otros, se han convertido en ruido para el alma, ruido al que los seres humanos se han acostumbrado y han automatizado; ese ruido mantiene ensordecida y obnubilada al alma para escuchar y observar las explosiones íntimas y, por tanto, se convierten también en guía de sus acciones, por esto, el ser humano decide enfrentar, olvidar o huir a aquello que se presenta como realidad y se generan representaciones que conducen a perturbaciones y malestares.

Continuando en esta dirección, el tercer punto mencionado fue el aislamiento que el uso irracional e irracionalizado de la tecnología ha sometido al ser humano, es necesario anotar que es -tal vez- un mecanismo para huir, olvidar y luchar contra el presente y la realidad que adviene con él.

En el uso de la tecnología se materializa la primacía del ‘yo’ que, de modo autosuficiente, se basta para enfrentar los avatares del mundo. En el aislamiento tecnológico el ser humano huye a la conexión que puede y debe tener consigo, con los otros y con las cosas de modo personal e íntimo. Este aislamiento distrae al ser humano de escuchar sus honduras espirituales y, por tanto, no permite escuchar la de los otros o las cosas.

Existe otro asunto problemático, se hace referencia a los honorarios, un tema que pocos mencionan y que requiere un tratamiento digno y claro, pues la consejería filosófica está ligada a un trabajo que tiene implicaciones socioeconómicas para aquel que incursiona en estas prácticas. El consultante o asesorado debe establecer un monto con el que retribuya el trabajo de quien le asesora; pero por desconocer esta práctica alternativa a la terapia las personas no conciben viable dicha remuneración.

Schuster, citado por Barrientos (2004) afirma que “Los orientadores filosóficos no deberían dudar en pedir un pago razonable por el servicio que ofrecen, pero deberían impedir que las ganancias se conviertan en la faceta más importante de su trabajo” (p. 60); esto significa que el asesor o consejero filosófico es también “de carne y Hueso”, habitante concreto del contexto y con una realidad concreta que atender y con la que habérselas. Un llamado en la cita anterior es la no monetización —en el contexto capitalista— de la filosofía y sus posibilidades terapéuticas, riesgo constante y latente en la relación del filósofo con el mundo —como los sofistas trabajan en su contexto, práctica criticada con vehemencia por los clásicos—. Significa también que es necesaria una mayor divulgación en escenarios filosóficos y no filosóficos, académicos o institucionalizados, de la consultoría, orientación, asesoramiento o consejería filosófica.

El problema anterior deviene necesariamente de la pregunta por la utilidad de la filosofía; pues existe un modo de comprender a la filosofía asociado a su inutilidad, ésta se asocia a la elaboración teórica de conceptos con expresiones, estructuras y sentidos muy complejos para el común de las personas. Surge la pregunta “¿por qué la filosofía ha llegado a ser considerada por la mayoría como algo realmente inútil? ¿Por qué ya no se acude a los filósofos ante los grandes retos y problemas de nuestro tiempo?” (Cavallé, 2006, 25). La respuesta a estas preguntas podría estar en el pragmatismo y consumismo asfixiantes en los que las personas y las sociedades se encapsulan obnubilando, aturdiendo y distrayendo la conciencia; sin embargo no es esta la única posible respuesta, el cambio de orientación de la filosofía en su teleología -que ha pasado del abordaje complejo, existencial y fundamental a la explicación cientificista de los fenómenos del espíritu humano y de la humanidad en su relación con el mundo- resulta en una posibilidad para explicar dicha problemática y responder a las preguntas formuladas.

Retomar la orientación y el talante explicativo y terapéutico de la filosofía es una vía pertinente y plausible; la utilidad de la filosofía alude a la posibilidad práctica de esta en procura de la sabiduría necesaria para comprenderse, comprender el mundo y afrontarlo de un modo sereno con el fin último de la vida buena y feliz, por tanto, dicha utilidad no viene determinada desde algo exterior sino a partir de las propias búsquedas y hallazgos en dicho proceso. Cuando se identifican las posibilidades prácticas, para efectos del arte de vivir bien, hay un reconocimiento de dicha utilidad.

En suma, son múltiples las problemáticas en torno a la consultoría filosófica, la ignorancia de filósofos y no filósofos sobre esta alternativa, elementos culturales e institucionales en torno a la utilidad de la filosofía y asuntos socioeconómicos que resultan convirtiéndose en obstáculo para la aceptación social y cultural de la filosofía como una práctica terapéutica alternativa.

Conclusión: ¿Qué debe saber de filosofía el consultor filosófico en el contexto actual?

Después del camino recorrido, a saber: Problemas existenciales o “males del alma”; la fenomenología, la hermenéutica y la lectura y praxis existencial como herramientas para la consultoría filosófica en contexto; perfil y cualidades del consultor filosófico; problemas vinculados a la “filosofía práctica” y a la “consultoría filosófica” en contexto, se hace pertinente dedicar unas líneas a reflexionar acerca de aquello que debe saber el consultor o consejero filosófico en el contexto actual.

Se hace fácil y rápido pensar que el filósofo en los encuentros de consejería o consultoría filosófica reproduce los contenidos teóricos y conceptuales de la tradición filosófica en una suerte de ‘clase de filosofía’ orientada a dirigir la vida del consultante, dicha concepción es equivocada; teniendo en cuenta las herramientas referidas en un apartado anterior: fenomenología, hermenéutica y lectura y praxis existencial, es posible inferir que el filósofo requiere del conocimiento, la comprensión, el espíritu crítico y la implementación dialógica de dichos contenidos.

Sobre lo anterior Barrientos (2004) afirma:

A mi entender, el centro no ha de ser la teoría de un autor sino la apertura misma que constituye el cliente. No es distinguir en el cliente los síntomas que se presentan en base a tal o cual teoría filosófica, sino ayudarnos de todos aquellos autores que nos pueden servir para la problemática de aquel que acuda a nosotros. (...) El orientador filosófico no puede conocer a todos los filósofos, ni disponer de todas sus teorías (p. 154).

De esto puede deducirse que el filósofo consultor o consejero procura conocer la filosofía en su tradición y en sus contenidos, no de manera total sino parcial, pues la humanidad es limitada y en orden a esto, el filósofo lo es también, por tanto sólo pone al servicio del diálogo filosófico el conocimiento, la comprensión, las inquietudes, la actitud filosófica que le define y caracteriza como filósofo.

La tradición filosófica es un insumo para la reflexión pues en el diálogo se pone a disposición para la elaboración del discurso y la formulación de las preguntas surgidas en medio de esta para enriquecerle sin dejar sentencias o conocimientos dados.

El filósofo, por tanto, más que un académico es, para efectos de la consejería filosófica, un sabio que:

1. Conoce la tradición filosófica,
2. Asume la filosofía como forma de vida, es decir, hace de la cotidianidad asunto del filosofar y filosofar asunto cotidiano.
3. Sabe que la vida es paradoja, lucha constante; comprende que la vida se da en la paradoja y su combinación, es decir, que se afirma la vida en la paradoja.
4. Experimenta la filosofía y la vida como un constante proceso de aprendizaje que no se agota en los conocimientos intelectuales o académicos, sino que comprende que estos son herramientas para vivir filosofando y filosofar viviendo.
5. Observa y escucha atentamente la realidad que subyace a las representaciones surgidas mediadas por las emociones, los pensamientos imaginativos y los prejuicios que sesgan la comprensión y la crítica.
6. Sabe que vivimos en la docta ignorancia que no tiene metas (teleología) sino que es apertura constante. Filosofar es conversar para efectos del vivir bien.
7. Conoce el contexto sociocultural, lo comprende y lo aborda de una manera crítica.

Con los elementos enlistados y enunciados es posible afirmar que el filósofo consejero o consultor filosofa y vive en la paradoja permanentemente y por esta razón se inquieta por vivir y por la vida, por la filosofía dialogando continuamente con la realidad cuestionando, observando, escuchando, sintiendo, creando y pensando. La respuesta a la pregunta que ha transversalizado el presente escrito no se ha respondido de manera absoluta, es una respuesta que debe ser construida y deconstruida todo el tiempo a partir de la relación del filósofo consigo mismo, con los otros y con las cosas, que impacta su ser y hacer en la consejería o en el acompañamiento filosófico.

Referencias

Abbagnano, N. (1993). Diccionario de filosofía. Fondo de cultura económica

- Barrientos, J. (2004) Introducción al asesoramiento y orientación filosófica. Ediciones X-XI
- Cavallé, M. (2006). La sabiduría recobrada, filosofía como terapia. Ediciones Martinez Roca.
- Cavallé, M. (s.f.) El sentido filosófico de la vida humana. recuperado de:
https://documentcloud.adobe.com/gsuiteintegration/index.html?state=%7B%22ids%22%3A%5B%221LsTkb_BCAFY7iWjQYVWt0NFbi5Ce-nv3%22%5D%2C%22action%22%3A%22open%22%2C%22userId%22%3A%22108457479499260221122%22%2C%22resourceKeys%22%3A%7B%7D%7D
- Cavallé, M. (sf). El asesoramiento filosófico y las emociones: aplicación de las enseñanzas de Epicteto. Recuperado de:
https://www.academia.edu/7521745/EL_ASESORAMIENTO_FILOS%3%93FICO_Y_LAS_EMOCIONES_APLICACI%3%93N_DE_LAS_ENSE%3%91ANZAS_DE_EPICTETO?email_work_card=title
- Hadot, P. (2006). Ejercicios espirituales y filosofía antigua. Traducción de Traducción de Javier Palacio. Ediciones Siruela. España.
- Linares Huertas, O (2019). Filosofía como terapia: la actitud vital estoica frente al malestar existencial. (Tesis doctoral). Granada: Universidad de Granada, [http://hdl.handle.net/10481/54521]
- Unamuno, M. (2003). El sentimiento trágico de la vida. México: Porrúa.
- Zuluaga, D. (2008). El sentido de las preguntas por el sentido. Revista facultad filosofía y teología, Fundación Universitaria Luís Amigó. 3 (4), 31-51.